

Polonio: *¿Qué estáis leyendo, Señor?*  
Hamlet: *Palabras, palabras, palabras...*

# LENGUA, COMUNICACIÓN Y TECNOLOGÍA

Por **FERNANDO MUSANTE**

Según el diccionario, el lenguaje es la capacidad propia del ser humano para expresar pensamientos y sentimientos por medio de la palabra. Las lenguas: sistemas de signos que utiliza una comunidad para comunicarse oralmente o por escrito. Y la comunicación la acción consciente de intercambiar información entre dos o más participantes con el fin de transmitir o recibir información u opiniones distintas. La palabra es siempre una representación, y por medio de la palabra los seres humanos hemos venido tratando de comunicarnos desde hace milenios.

Borges, en su cuento “Tema del traidor y del héroe”, dice: “Que la historia hubiera copiado a la historia ya era suficientemente pasmoso; que la historia copie a la literatura es inconcebible”. Y afirma, cosa con la que coincide Ricardo Piglia, que todas las grandes narraciones literarias parten de dos temas: el homicidio y los viajes, y que ambos tienen antecedentes de los cuales siempre habrán de dejar huellas: La Biblia y La Odisea.

En el primer libro del Pentateuco, el Génesis, a poco de comenzar hay un homicidio. Es más: un fratricidio. El regreso de Odiseo (o Ulises) a Ítaca, es un periplo que marcará para siempre la calidad de un viaje. Junto a “La Ilíada”, “La Odisea” se ha convertido en la piedra basal de la pedagogía clásica. Según estudios del Siglo XX se calcula –sin que haya precisión– que estas obras de Homero datan del Siglo VIII antes de Cristo.

En los últimos años del Siglo XX la irrupción de Microsoft Windows y su popularización dieron un vuelco muy significativo en la manera de comunicarnos, pero en estas dos primeras décadas del Siglo XXI el avance tecnológico en medios y herramientas de comunicación ha sido verdaderamente impresionante.

Kant sostiene que el entendimiento del hombre siempre va a estar sujeto a los conceptos de tiempo y espacio, porque son las formas de nuestra sensibilidad o intuiciones puras, que le otorgan a las cosas que conocemos su estructura. El espacio es la forma del sentido externo que permite la representación de los objetos como existentes; y el tiempo es la forma del sentido interno que hace posible percibir los estados en una secuencia temporal.

Lo cierto es que en menos de medio siglo, los tiempos parecen haberse acelerado y las distancias acortado. La velocidad de las comunicaciones y el aumento de la capacidad de

almacenamiento de datos han sufrido cambios sorprendentes. Ahora bien, al igual que con los homicidios y los viajes en la literatura, nos preguntaríamos –como Borges y Piglia– cómo se hacía antes. Cómo se hacía sin Google, GPS, Instagram, Twitter, Whatsapp, etc.

La pregunta tiene un motivo. Los días siguen teniendo veinticuatro horas, los años: trescientos sesenta y cinco días, y cada cuatro uno más. París, Londres, Rotterdam y Madrid siguen quedando a más de diez mil kilómetros de Buenos Aires y los más de quince días que tardaban los gallegos, rusos, árabes, napolitanos y genoveses que venían hace menos de cien años, se volvieron doce horas.

Sin embargo, los hombres se las han arreglado, desde siempre, para comunicarse y transmitir palabras; y aquí voy a los ejemplos:

Las “Meditaciones metafísicas”, cuyo título completo es “Meditaciones metafísicas en las que se demuestran la existencia de Dios y la inmortalidad del alma”, es una obra escrita por René Descartes y publicada por primera vez en 1641. He aquí un fragmento de la primera de las meditaciones:

*"Todo lo que hasta ahora he admitido como absolutamente cierto lo he percibido de los sentidos o por los sentidos; he descubierto, sin embargo, que éstos engañan de vez en cuando y es prudente no confiar nunca en aquellos que nos han engañado aunque sólo haya sido por una sola vez. Con todo, aunque a veces los sentidos nos engañan en lo pequeño y en lo lejano, quizás hay otras cosas de las que no se puede dudar aun cuando las recibamos por medio de los mismos, como, por ejemplo, que estoy aquí, que estoy sentado junto al fuego, que estoy vestido con un traje de invierno, que tengo este papel en las manos y cosas por el estilo. ¿Con qué razón se puede negar que estas manos y este cuerpo sean míos? A no ser que me asemeje a no sé qué locos cuyos cerebros ofusca un pertinaz vapor de tal manera atrabiliario que aseveran en todo momento que son reyes, siendo en realidad pobres, o que están vestidos de púrpura, estando desnudos, o que tienen una jarra en vez de cabeza, o que son unas calabazas, o que están creados de vidrio; pero éstos son dementes, y yo mismo parecería igualmente más loco que ellos si me aplicase sus ejemplos."*

En otro párrafo Descartes habla de los sueños, y llega a plantear que puede estar soñando que está vivo. Son varios los historiadores que creen que Descartes, cuando habla de los sueños, está influenciado por Pedro Calderón de la Barca que había estrenado su obra “La vida es sueño” en 1635. El final del segundo monólogo de Segismundo, el príncipe que nos recuerda historias similares a las del troyano Paris, hijo de Príamo, y la de Edipo, hijo de Layo, tiene un final sumamente conocido cuando dice:

*"¿Qué es la vida? Un frenesí / ¿Qué es la vida? Una ilusión. Una sombra, una ficción / y el mayor bien es pequeño / pues toda la vida es sueño / y los sueños sueños son".*

Los mismos investigadores sostienen que cuando Descartes cita a los creados de vidrio hace una referencia a “El licenciado Vidriera”, una de las Novelas Ejemplares de Miguel Cervantes y Saavedra publicada en 1613.

Y hay aún más, porque El “Elogio de la locura” (Morias Enkomion, en griego, y Stultitiae Laus en latín), tal vez la obra máxima de Erasmo de Rotterdam, apareció en 1511 y está dedicada a Tomás Moro, el autor de “Utopía”, obra que vio la luz en 1516. Moro, quien llegó a ser Lord Canciller de Inglaterra, fue decapitado por orden de Enrique VIII en 1535, y tiene el raro privilegio de ser venerado tanto por los católicos como santo Tomás Moro (fue canonizado en 1935), como por la Iglesia anglicana que lo considera un mártir de la Reforma protestante, por lo que lo incluyó, en 1980, en su lista de santos y héroes cristianos. Los historiadores dicen que Erasmo era un gran amigo de Tomás Moro, con el que compartía, además de su fe cristiana, el gusto por el humor frío y el retruécano intelectual.

Dice Sebastián Gámez Millán que George Steiner, en una conferencia celebrada el 23 de Marzo de 1995 en la Bibliothéque Nationale de París, sostuvo que el libro no mencionado con el que Hamlet aparece en la escena segunda del segundo acto es la traducción de Florio de los “Essais” de Montaigne. Y agrega:

*“Conjeturamos que Hamlet lleva un libro entre sus manos porque la reina, su madre, advierte: Pero ved al pobre infeliz, leyendo tristemente. (...) Conjetura que pronto adquiere más relieve con esta pregunta de Polonio: ¿Qué estáis leyendo, señor?, a lo que Hamlet contesta con uno de los versos que en el decurso del tiempo ha pasado a ser uno de los más célebres de “Hamlet”, y aun de Shakespeare: Palabras, palabras, palabras...”*

La versión que conocemos de “Hamlet”, firmada por Shakespeare, fue estrenada en 1609, y Michel de Montaigne, autor de los “Ensayos” (Essais) y creador del género literario conocido como ensayo, escribió su obra en la torre de su propio castillo entre 1572 y 1592, año de su muerte, bajo la pregunta ¿Qué sé yo? Su admiradora, Marie de Gournay, tomó el texto y lo editó para la versión que se publicó en 1595. Vale decir: tres años después de la muerte del autor. Cabe aclarar entonces que los tiempos coinciden. O sea que Descartes pudo haber tenido acceso a los trabajos de Calderón y de Cervantes, que Shakespeare pudo haber leído a Montaigne, y no hay dudas de que Erasmo y Moro se conocían; desde que Erasmo le dedicó su libro al entonces Lord Canciller de Inglaterra. Y, por supuesto, todos conocían la Biblia y la obra de Homero.

Durante aquellas épocas, con la Reforma y la Contrarreforma, recrudecieron las guerras religiosas que hicieron estragos en la vieja Europa durante un período que abarca: desde el Concilio Ecuménico de Trento en 1545 hasta el fin de la guerra de los Treinta Años, en 1648, con la paz de Westfalia. Fue más de un siglo de matanzas que reavivaron la peste bubónica, la de tifus, la de gripe y la de viruela. Se creó La Inquisición Romana, también llamada Congregación del Santo Oficio. Se trataba de un organismo bastante diferente de la Inquisición

medieval, pero igual de oscurantista. Fueron juzgados Giordano Bruno, que terminó en la hoguera y Galileo Galilei que fue torturado.

Las distancias eran las mismas, pero los medios de transporte no. Las herramientas para transmitir los escritos se limitaban al papel, la tinta y la pluma. Sin embargo, los buenos hombres se comunicaron y nos dejaron palabras que aún hoy nos iluminan.

**F.M.**